

Speranskii y Batenkov*

John Gooding

En un ensayo anterior sugerí que Mijaíl Speranskii, lejos de ser un *bien-pensant* burócrata tal y como lo muestran los recientes retratos, ayudó a preparar el terreno a los decembristas.¹ No había duda, sin embargo, de que en efecto fue de los suyos. El decembrismo traza su historia a partir del mismo año —1812— en el que llega a su fin la etapa radical en la carrera de Speranskii. Los acontecimientos de ese año incitaron el deseo de libertad en los futuros revolucionarios y les mostraron que el destino de Rusia lo moldeaban ciertas fuerzas que estaban fuera del control de la autocracia. Sin embargo, el año de 1812, para Speranskii, no hizo más que enfatizar lo inerte del individuo ante la fuerza de la autocracia y lo inútil que era oponerse a ella en ese momento. La cautela natural y la dura experiencia se combinarían a partir de entonces para hacer de él un resuelto no-conspirador. No obstante ello, estaría muy cerca de los acontecimientos del 14 de diciembre de 1825 a través de la amistad con uno de los conspiradores más talentosos, Gavríl Batenkov. La relación entre Speranskii y Batenkov, y la íntima contigüidad del reformismo pacífico y del compromiso con la revolución en la Rusia del comienzo de los 1820 son el tema de este escrito.

* Tomado de *The Slavonic and East European Review*, vol. 66, núm. 3, julio de 1988. Traducción de Antonio Saborit.

I

Los objetivos de Speranskii en los años de 1801 a 1812, como lo dije en un ensayo anterior, eran consistentemente liberales. Durante este periodo, sin embargo, *vis-à-vis* el emperador Alejandro I, cambiaron muchísimo, y la transición de adversario marginal a favorito y confidente lo llevaron, como es natural, a repensar los medios para lograr sus objetivos. Sus primeros escritos habían enfatizado la dificultad de establecer un gobierno constitucional en un país en el que toda la fuerza radicaba en el estado y ninguna en la sociedad, y por lo tanto en ellos se veía el cambio social —la liberación de los siervos, en particular— como algo esencial para el avance político. Los derechos y las constituciones otorgadas por un autócrata no eran, decía, más que un “castillo en la arena”; al deberse todo a la “buena voluntad” del autócrata, y nada a una fuerza independiente del estado, tales derechos y constituciones estaban condenados a desaparecer en el momento en el que el “genio filantrópico” cambiara de parecer.² Speranskii no descartaba los cambios institucionales inmediatos —de hecho, afirmó que eran necesarios— pero insistió en que cualquiera de esos cambios habría de dejar intacto el principio de la autocracia.

Sin embargo, en 1809, confiado en la cercanía al parecer ilimitada con Alejandro, Speranskii puso en marcha un plan de reformas basado en otros supuestos muy diferentes. Como creía que

Alejandro tenía un compromiso genuino con el constitucionalismo, Speranskii dejó de ver la necesidad de que los dos tipos de cambios —el institucional y el social— procedieran al mismo e inevitablemente paso lento. Estaba listo para saltarse algo que antes había considerado indispensable: la fase del “falso constitucionalismo”,³ durante la cual se crearían instituciones completamente dependientes del autócrata con el propósito de crear una opinión pública capaz de respaldar un constitucionalismo efectivo. Esa opinión pública ya existía, parecía implicar Speranskii. En consecuencia este proyecto resultó desequilibrado: si bien era de tipo conservador en sus propuestas sociales, pues dependían de que Alejandro aceptara que la servidumbre quedara intacta por el momento, adelantaba la osada proposición política de que Alejandro estableciera varias hileras de instituciones representativas que culminaran en un parlamento con derecho a veto sobre las leyes. Encandilado por su aparente influencia sobre Alejandro, Speranskii se sintió capaz de hecho de anunciar que el gobierno autocrático “ya no iba acorde con el espíritu de la sociedad” y de invitar a Alejandro a dar comienzo al proceso de desmantelamiento de este gobierno.⁴

Fue entonces, en 1812, que Alejandro se des hizo repentinamente de Speranskii y lo confinó a un exilio doméstico. El desastre sólo podía acarrearle la sabiduría de esas primeras creencias que luego hizo de lado. Nunca volvería a abandonarlas. A partir de ahí, la discreción se instalaría en él, no volvería a hacer nada que pudiera ir en perjuicio de sus oportunidades de volver a Petersburgo, se humillaría ante Alejandro y el nuevo favorito, el conde Aleksei Arakcheiev, y nunca más se dedicaría abiertamente a los objetivos de 1809. No hay razones para suponer que abandonara estos objetivos, pero desde luego dejó de estar en la posición de ir en pos de ellos más que con los medios más furtivos e indirectos; y acaso se pudo haber reconciliado con la idea de que, aun cuando recuperase su lugar, era muy remoto que le tocara ver la creación de instituciones libres.

La desgraciada “penitencia” del liberal pareció recompensarse en 1819 al recibir su nombramiento como gobernador general de Siberia, lue-

go de tres años como gobernador de la provincia de Penza. El cargo siberiano destruyó desde luego sus esperanzas de que en breve lo llamaran a la capital, pero sin duda lo entusiasmó pues era una señal de que ya había cubierto una buena parte del camino para redimirse ante los ojos de Alejandro. Su tarea consistía en componer los brutales abusos cometidos en la gubernatura general de su antecesor, I.B. Pastel, y en echar mano de una nueva estructura administrativa que impidiera la repetición de ese tipo de abusos. Una vez que lo hizo, al fin lo llamaron a Petersburgo y Alejandro dio a entender que quizá hasta le concediera su antigua influencia.⁵ El segundo aspecto, y más fundamental, de esta tarea por la cual se juzgaría la conveniencia de restaurarle su influencia, tal y como sucedió, iba de acuerdo con sus talentos. Pues el problema que planteaba la puesta en marcha de una nueva estructura administrativa para Siberia era en esencia el mismo con el que había lidiado hasta antes de su caída: cómo convertir un régimen despótico en un régimen basado en la ley, cómo establecer instituciones que pudieran contener al “poder” en un país acostumbrado desde tiempo atrás al despotismo.

“Aquí los residentes”, escribió desde Irkutsk, “no pueden creer que cuentan con cierto grado de libertad y que pueden reunirse, bailar o hacer lo que quieran sin tener que pedir permiso”.⁶ Lo abyecto de su situación es testimonio de los obstáculos que enfrentó Speranskii. Siberia no contaba con una opinión pública y la falta de gente educada —la causa de fondo, según él, de sus problemas— lo hizo ordenar la inmediata creación de instituciones de elección. Sin embargo, no estaba decidido a limitar el poder del gobernador general. Sin “barreras” o “influencias que sirvieran de límite”, insistía, hasta los gobernantes mejor intencionados se podían volver despóticos, pues la conciencia no era en sí misma salvaguarda ante el despotismo. “Por el contrario”, señaló en un comentario inspirado muy claramente por el autócrata que había en Speranskii, “él [el gobernante] cae en el error con la mejor de las intenciones, con sus ganas de hacer el bien, al querer alcanzarlo por la vía más corta...”⁷ El gobernador general, propuso Speranskii, en ade-

lante debía estar flanqueado por un consejo de funcionarios nominados cuya asesoría debería buscar para la mayor parte de los asuntos.⁸ El Consejo no tendría un poder mayor que aquellos “falsos” cuerpos “constitucionales” que sugeriría al comienzo del siglo y de ese modo serían una “barrera” hasta cierto punto ineficaz en contra del despotismo; pero a todas luces eso era lo más que permitía Siberia en esas circunstancias.

Speranskii ya no era uno de aquellos “jóvenes legisladores que sueñan en constituciones y que creen que una constitución es una especie de máquina recién inventada que es capaz de avanzar por sí sola en donde quiera que se la coloque”;⁹ y no se podía esperar que repitiera el error de 1809 presionando en favor de cambios que la sociedad no fuera capaz de respaldar. Pero “cuando Siberia esté más poblada, cuando aumente la circulación de sus riquezas y crezcan sus ingresos...”, entonces se podría elegir el Consejo, y tal desarrollo, señaló, no requeriría un cambio significativo en relación con lo que ahora proponía.¹⁰ Sus reformas siberianas, modestas en un principio aunque concebidas como el germen de un nuevo orden que habría de darse de manera gradual, de hecho recordaba el patrón de avance por el “falso constitucionalismo” que unas dos décadas antes defendiera para toda Rusia. Sobre sus proposiciones de 1803 comentó:

Quando llegue el momento, esto es, cuando como resultado de la difusión de la educación y la llegada de muchas circunstancias que dependen del tiempo, se dé la posibilidad de una mejor forma de gobierno, entonces casi sin cambio alguno se colocará una nueva estructura sobre este mismo marco, por llamarlo así, y éste se basará no en las apariencias sino en algo intrínseco y real.¹¹

Las mismas palabras se podrían haber aplicado a sus propuestas de 1820-1821: ellas también columbraban un proceso de cambio evolucionista y la inserción en su debido momento de una nueva “estructura” en el “marco” que ahora diseñaba. En su fin como abogado del cambio constitucional estaba su comienzo; en la perspectiva de su carrera son las propuestas de 1809, desequi-

libradas y necias, las que aparecen como una aberración. El liberalismo de Mijail Speranskii no fue destruido por el desastre de 1812, sólo que por necesidad se tuvo que ir a la clandestinidad. Ahí reunió el espíritu más cauteloso de sus primeros años como consejero, aunque una cosa de esos años era irrecuperable: el vigor y la pasión a duras penas oculta de un compromiso con la libertad que aún no cobraba su precio.

Las propuestas siberianas de Speranskii —de las cuales sólo he tocado su parte central— fueron concebidas y escritas en los ratos libres de una estancia de un poco más de un año y medio en Siberia, la mayor parte del cual se fue en tareas administrativas y en corregir injusticias.¹² Las circunstancias eran poco propicias para la tarea. Su vida era incómoda y peripatética; extrañaba horriblemente a la familia y a los amigos, y no contaba con la ayuda calificada para su trabajo. Sin embargo, su necesidad de compañía y de una ayuda profesional y dedicada la suplió con creces un joven siberiano que lo buscó desde el comienzo de su misión y que se volvió indispensable como confidente y asistente personal, y en esencia sería inseparable hasta que se separaron para siempre como resultado del levantamiento decembrista. Su nombre era Gavril Batenkov.¹³ Se puede encontrar un recuento de la vida de Batenkov en V.G. Kartsov, *Dekabrist G.S. Batenkov, Novosibirsk, 1965*. El valioso y documentado trabajo de Kartsov acusa, sin embargo, la actitud soviética que hasta hace poco prevaleció en torno al decembrismo, a saber, que se trató de un movimiento radical ajeno por completo a la influencia liberal. Esta actitud es menos aplicable a Batenkov que a casi cualquiera de los demás decembristas, y es mérito de Kartsov el que se las arreglara para ofrecer, a pesar de eso, algo de las ambigüedades de su sujeto. Sin embargo, no tuvo manera de explorar las deudas intelectuales y morales de Batenkov con Speranskii, que es lo que este ensayo pretende hacer.

II

Batenkov tenía buenos motivos para dar la bienvenida al nombramiento de Speranskii, pues “el

ángel salvador de esta tierra oprimida”, como lo llamó, de hecho fue su propio ángel de salvación. Su trabajo como ingeniero le granjeó la marginación de parte del régimen anterior; ahora, en un “inesperado e improbable cambio”, se descubrió a sí mismo unido a un gobernador general que recibía con agrado sus talentos y lo invitaba a acompañarlo en su inspección de Siberia. “Mi relación con él,” comentó a propósito de Speranskii a los pocos meses de conocerse, “hoy es tal que le puedo contar todo como si se tratara de un amigo...”¹⁴ Speranskii, notable por su reserva, no debió confiarse tanto —aunque en su reclusión siberiana bien pudo admitir ciertas cosas que luego tendría motivo de lamentar—, pero es claro que correspondió al afecto de Batenkov y que poco a poco el joven “se convirtió en un miembro de su familia”.¹⁵ Si Speranskii le respondió a Batenkov con algo del sentimiento de un padre hacia su hijo, debió ser porque veía en él cosas que le recordaban a su propia persona. Batenkov también era un humilde provinciano que había salido adelante con sus propios recursos, los cuales no eran menos sorprendentes que los de Speranskii; y él también conservaba algo de la marca de una honda educación religiosa. Pero lo que casi con toda seguridad se encargó de acercar a Speranskii a este joven fue que en esta brillante, apasionada, idealista y sin duda devota persona había encontrado a alguien que representaba los entusiasmos de su joven y aún ilusionado yo.

Descubrir a alguien así en el descampado de Siberia fue toda una suerte y no es de extrañar que Speranskii mantuviera a su lado a Batenkov.

Ando con Speranskii de una u otra forma [escribió Batenkov], no sé con exactitud en calidad de qué. Nominalmente soy un ingeniero adscrito a él con deberes especiales, pero no hago nada de ingeniería. En lo que he invertido mi tiempo bajo la guía de este verdadero gran hombre es en el proyecto de la reforma de la administración siberiana en todas sus partes y hasta un poco de su política.¹⁶

Los dos de hecho hicieron equipo en la tarea de transformar a Siberia. Speranskii no podía hacer nada sin Batenkov, declaró, lo mismo que “un maestro sin un pupilo”, y sobre los nuevos estatutos siberianos una mayoría (de cinco) debía ser reclutada no por el profesor mismo sino por su discípulo, guiado por él.¹⁷ En manos de Speranskii el discípulo se convirtió, según sus propias palabras, en “un jurista” y en “un experto en teoría legislativa”.¹⁸ Sin embargo, al transformarlo en “un jurista”, Speranskii hizo más que enseñarle a redactar estatutos. El leitmotiv de los escritos de Speranskii previos a su caída era que Rusia esencialmente carecía de leyes. Bajo la autocracia no podían existir las leyes, sugirió, sino meros decretos, e indicó claramente que la necesidad de establecer y mantener el gobierno de la ley por fuerza limitaba al gobernante.¹⁹ Lo que es más: las experiencias de Speranskii a partir de marzo de 1812 no habían contribuido en nada para atenuar su objeción a la falta de leyes; ciertamente, el hecho de que “por nueve años, sin un juicio o la menor acusación, me arrastraran por toda Rusia y a fin de cuentas me encerraran en Siberia”, lo había dejado con una amargura lo suficientemente fuerte como para exponerla en una carta.²⁰ Speranskii se burlaba ante la sola sugerencia de que hubiera leyes en la despótica Siberia; y “en donde no hay leyes”, señaló en un informe, “todo se gobierna a través del poder personal”.²¹ Para este momento se había vuelto agudamente consciente de la dificultad de desplazar el poder personal, y veía los suficientes obstáculos para limitar hasta al gobernador general de Siberia. Sin embargo, su meta no dejó de ser la de sustituir el poder personal por el gobierno de la ley, y al hacer “un jurista” de Batenkov no es improbable que imprimiera en el muchacho la necesidad de promover el gobierno de la ley y de crear las condiciones propicias para un gobierno representativo. Lo que no tenemos manera de saber, sin embargo, es hasta qué punto Speranskii le enfatizó a Batenkov las dificultades que había en la ruta hacia la legalidad, ni hasta dónde, por otra parte, el pesimismo de Speranskii pesó sobre el vigor y el entusiasmo del joven. Pero la declaración hecha por Batenkov en su vejez en cuanto a que

Speranskii quiso “educarme para que yo pudiera ser el heredero de sus pensamientos no realizados así como de las energías que se agotaron casi hasta el punto de la inactividad...”, sugiere al menos que la de ellos fue una relación cabalmente intelectual y que Speranskii no se limitó a transmitirle exclusivamente ciertas habilidades técnicas.²² Esta relación implica también que Speranskii trató de transmitir a Batenkov todo el legado de sus ideales y que al hacerlo —al hacer en efecto de Batenkov su heredero— se reconcilió más fácilmente con la pérdida de la esperanza de ver que esos ideales se realizaran en su propia vida.

Speranskii volvió a Petersburgo en marzo de 1821, al parecer rehabilitado, y Batenkov lo alcanzó allí poco después. Siguieron trabajando juntos, Speranskii como miembro del Comité Siberiano y Batenkov como su secretario, y vieron que se aceptaban casi en su totalidad las reformas propuestas por ellos. Este triunfo bien pudo crecer la esperanza de que se acercaba una nueva época de reformas, de que lo que se había logrado para Siberia podía conducir a remodelar las instituciones en el resto de Rusia. Pero semejantes esperanzas, de existir, habrían de ser borradas. Contra las expectativas generales, y en contra de sus propias expectativas, Speranskii nunca recobró su anterior influencia con Alejandro y nunca se las arregló para sustituir a su antítesis, el crudo e iliberal Arakcheiev, como favorito. La mala suerte de Speranskii significó también un golpe para Batenkov, en la medida en que la esperanza de que se pudiera minar a la autocracia por medio de la discreta política del “falso constitucionalismo” —la cual se cuidaba de no descubrir su objetivo último— dependía vitalmente de que Speranskii recuperara la confianza de Alejandro. Una vez logradas las reformas siberianas, Speranskii pasó a un infeliz limbo del que Alejandro lo sacaba cada vez con menos frecuencia,²³ dejando a su *protégé*, que no podía escapar de tan honroso semiretiro, en una posición lamentable. No era nada más que el fracaso de Speranskii empañara todo el plan de liberalizar al régimen desde dentro por medio de reformas semejantes a las de Siberia. Peor que eso: las mismas habilidades de Batenkov llama-

ron la atención del poderosísimo Arakcheiev, quien lo atrajo hacia sí y lo hizo trabajar en el área más deslustrada de la Rusia de Alejandro, la de las colonias militares. De este modo, para Batenkov, el sueño de ser un instrumento de las políticas de Speranskii, en Petersburgo se transformó en la pesadilla de verse a sí mismo como un instrumento de Arakcheiev.

Batenkov era menos hábil que Speranskii para enfrentar la adversidad; se encerraba en sí mismo y se ponía a ventilar su desencanto con todo el que se encontraba en Petersburgo aun antes de ser transferido con Arakcheiev. “No te puedes imaginar,” le escribió a su amiga Avdotia Yelaguina, “cuán harto estoy de Petersburgo, el desperdicio de mi tiempo por acá y lo mucho que quisiera esconderme en donde fuera.”²⁴ Lo que encontraba particularmente intolerable era “la incesante necesidad de mentir en defensa de mi propia conciencia”²⁵ —algo que el más apto de Speranskii había aceptado de tiempo atrás como un estado natural de la vida pública. Batenkov hablaba de renunciar y de conseguir un trabajo en las provincias, pero permitió que Speranskii lo disuadiera. Lo que dificultaba su renuncia era que en el sentido estricto de la carrera este humilde siberiano a duras penas habría conseguido algo mejor. Le podía no gustar Arakcheiev, pero Arakcheiev lo había llamado. Se movió en los círculos más influyentes. Su trabajo obtuvo los elogios más grandes, y hasta el reconocimiento especial del propio Alejandro con el obsequio de un anillo de diamantes en febrero de 1825. Pero en juego estaba algo más que el triunfo personal, pues de salirse en ese momento habría sacrificado todas las oportunidades que le quedaran de emplear su situación en nombre de sus ideales. Las esperanzas que pudiera tener eran pocas, pero en modo alguno habían desaparecido. La prueba de eso vino en el verano de 1825 cuando escribió “Un ensayo sobre la teoría de las instituciones gubernamentales”.²⁶

El “Ensayo” no ha sobrevivido. Lo único que sabemos de él es que era bastante extenso, aunque inconcluso, que aceptaba el principio autocrático y que iba dirigido a Alejandro.²⁷ Sin embargo, a partir de uno de sus testimonios carcelarios podemos inferir que recomendaba la crea-

ción de un Consejo de Diputados junto al existente Consejo de Estado y que la función del nuevo cuerpo habría consistido en informar al gobernante sobre “las necesidades del pueblo” sin “infringir los derechos de la autocracia”.²⁸ Tal cuerpo de asesores olía mucho al cuerpo propuesto por Speranskii para Siberia, y Batenkov pretendía presumiblemente que, al igual que el Consejo del gobernador general, el Consejo de Diputados se convirtiera a su debido momento, como su nombre lo sugería, en un órgano de elección. Su idea de presentar el “Ensayo” a Alejandro y así interpellarlo directamente para que retomara la causa de la reforma recordaba asimismo a Speranskii. Supiera o no de lo anterior Speranskii, el “Ensayo” del discípulo parece en efecto haber sido concebido en su totalidad en el espíritu del maestro y según su creencia en el “falso constitucionalismo”.

En el verano de 1825, entonces, Batenkov no había perdido la esperanza de avanzar a través de reformas que minaran lentamente a la autocracia. Su compromiso con esta perspectiva gradualista, sin embargo, se había ido atenuando desde hacía algún tiempo. El cambio en él se puede detectar en sus cartas ya desde comienzos de 1824. Las cartas dejaron de ser meramente un acopio de miserias; se empezaron a llenar de alusiones a asuntos cuya discusión era claramente muy peligrosa. Incapaz de soportar las presiones de su trabajo creando para sí mismo, al igual que Speranskii, la fachada de un conformista, logró atenuar las presiones tan sólo hallando una vida alternativa que lo alejara del trabajo y de su patrón. De hecho fue arrastrado hacia la revolución, y su destino habría de consistir en ser el vínculo entre Speranskii y los decembristas; o para ser más exactos, el vínculo entre Speranskii y el decembrismo.

III

Las actividades revolucionarias de los futuros decembristas dieron comienzo hacia 1820. Hasta ese entonces, muchos de ellos habían tenido la esperanza de que Alejandro diera comienzo a las reformas; y hasta los que entendían que la auto-

cracia era incompatible con los cambios que ellos deseaban, la mayoría no contaba con reconstruir el gobierno sino hasta después de la muerte de Alejandro, en el lapso de dos décadas, tiempo en el cual se habrían infiltrado en los puestos civiles y militares influyentes de suerte que su sucesor no tuviera más alternativa que aceptar sus demandas.²⁹ Sin embargo, la aparente desaparición de todo espíritu reformista en Alejandro agotó severamente en ellos la disposición a esperar que sus metas se pudieran alcanzar a través de métodos pacíficos; lo que entonces ayudó a hacer a un lado estos métodos pacíficos fue el ejemplo de la revolución en nombre de las ideas liberales en Nápoles, Portugal y España.³⁰ Los futuros decembristas pusieron atención particularmente en la revolución de marzo de 1820 en España, realizada sin derramamiento de sangre por oficiales del ejército de rango medio que en estatus y apariencia se parecían mucho a ellos. De hecho, la revolución militar de los españoles parecía ser la respuesta que los liberales rusos necesitaban a propósito de la táctica a seguir para suplantar la desacreditada fe en el impulso al propio autócrata para que iniciara la reforma. Por otra parte, si bien la revolución militar prometía resultados rápidos, no corría el riesgo —temidísimo por muchos de ellos— de soltar a las masas a la manera de la revolución francesa. Así, la revolución militar parecía ofrecer a los futuros decembristas el mejor de los mundos posibles. Les permitiría tomar la iniciativa y destruir al absolutismo en el futuro inmediato, aunque al asumir la forma de un *coup d'état* evitaría los peligros de una revolución popular y preservaría así la sola ventaja indudable del cambio a través de la autocracia: que el cambio estaría muy bien controlado y que se descartaría la amenaza al orden y a la propiedad que plantearía la participación de las masas. El irresistible encanto de lo anterior hizo que la revolución militar se convirtiera en la táctica de los decembristas de 1820 hasta el 14 de diciembre de 1825. Hubo, es verdad, algunos cambios en ella.³¹ Sin embargo, la mayor parte de los conspiradores aceptó esta táctica y el que la aceptaran contribuyó mucho a unirlos, atenuando así la atención a las diferencias que ponían en pugna a los monarquistas cons-

titucionales libertarios con los republicanos socialistas, y postergando en efecto la intención de resolver estas diferencias —en esencia irreconciliables— más allá de la revolución misma.

Era natural que Batenkov se sintiera en casa entre los miembros de esta abigarrada coalición anti-autocrática: por su edad pertenecía al mismo grupo, lo había moldeado la misma experiencia en el servicio militar durante las guerras napoleónicas, había salido de las guerras con el mismo objetivo general de liberar a Rusia de su gobierno autocrático y de la servidumbre; al volver a Petersburgo proveniente de Siberia se había movido en el mismo círculo de *literati* librepensadores y se había hecho amigo de aquellos que dirigirían el eventual levantamiento: Kondratii Ryleiev y los hermanos Nikolai y Alexander Bestuzhev. El ambiente del círculo le resultaba evidentemente atractivo: la indignación en contra del gobierno, el flujo constante de bromas y sarcasmos a su costa.³² Pero una cosa era liberar presión en el círculo en el que se reclutaron a los decembristas, y otra muy distinta comprometerse con la sociedad revolucionaria que se encontraba, oculta, en el corazón del círculo. El valor de estos amigos librepensadores era que ellos representaban una alternativa al mundo del servicio público el cual, a pesar de que por momentos lo desesperara, le seguía ofreciendo la alternativa de cambio más factible. Si ellos eran un antídoto para eso, a su vez eso colocaba un límite al grado de compromiso con ellos. Uno y otro mundo se balanceaban y entre ambos Batenkov se movía con intranquilidad sin pertenecer cabalmente a ninguno e incapaz de lograr nada, debido a que estaban en conflicto sus respectivas demandas.³³

La ambivalencia de su postura puede apreciarse en sus objetivos, los cuales desde luego iban más allá de lo que él indicara en el “Ensayo” de 1825. Batenkov escribió esta obra como una persona que tuviera mucho que perder; en 1826, ya como un prisionero al que muy poco, aparte de la vida, se le podía quitar, envió a Nicolás I sus proposiciones para una monarquía constitucional y una legislatura bicameral, de las cuales la cámara baja sería elegida por la “clase media” y la alta estaría dominada por los miembros de

una nobleza a la inglesa, la *velmozhestvo*.³⁴ Según los parámetros decembristas se trataba de un programa no radical, y el propio Batenkov admitió que, el incluir a la nobleza, provenía del “pensamiento liberal” de la época. Batenkov se colocó a la derecha de la mayor parte de los miembros de la Sociedad del Norte con su idea de una monarquía controlada por medio de una nobleza reformada y de los representantes de la clase media, una sociedad en la que para 1825 era muy fuerte la corriente radical republicana.³⁵ Más aún, sus objetivos se prestan lo mismo a métodos pacíficos que violentos, mientras que el republicanismo hacía casi inevitable el recurso a la violencia. Más aún, su insistencia en la necesidad de limitar la monarquía, de un gobierno merecedor de una legislatura,³⁶ de la libertad de expresión y de un proceso legal así como de un sistema de educación popular le granjearon un gran aprecio entre los otros miembros de la sociedad secreta, y entre los más moderados habría de encontrar ciertos espíritus afines al suyo.

A principios de 1825, Batenkov ya había aceptado la idea de una revolución: “Puesto que la revolución de hecho podría ser benéfica y sería muy probable,” decidió, “que sin duda yo participara en ella...”³⁷ Sin embargo, esta fría y en cierto modo oportunista adhesión a la revolución no resolvía el problema de su identidad política: sólo aumentaba su propia desazón. “Mis asuntos se han vuelto temiblemente volátiles,” le escribió a Aleksei Yelaguin en marzo de 1825. “Nunca como ahora han sido tan importantes, tan peligrosos y menos fáciles de comentar. No sé en última instancia lo que soy...”³⁸ Una vez convertido, Batenkov diseñó el esquema de una sociedad revolucionaria, sin embargo este esquema sugería que su creencia en la violencia de ninguna manera había desplazado su creencia en el cambio pacífico desde dentro. La sociedad habría de contar con sus “fanáticos”, esto es, con sus activistas revolucionarios; pero también contaría con personas que influyeran en la opinión pública, y con otros hombres que, al ocupar cargos importantes, usarían sus cargos en beneficio de la sociedad.³⁹ Se trataba, asimismo, de la creación de un burócrata, estructurada muy cuidadosamente y conducida a partir de un minu-



cioso programa y, como tal, completamente distinta de la sociedad a la que en determinado momento se afilió, cuya azarosa naturaleza y cuya insensatez esencial Batenkov discutió repetidamente en sus testimonios en la cárcel. El pupilo de Speranskii había llegado alto por su capacidad para pensar precisa y sistemáticamente: un matemático e ingeniero convertido en jurista, un pragmático ordenado —acaso con una pizca de misticismo—, estaba alejadísimo del molde byroniano de los *literati* y de los militares de la sociedad. “Vivía en otro escenario, tenía amistades diferentes,” comentaría en su vejez sobre lo que lo había diferenciado de los otros decembristas, “y mis pensamientos no eran los que alimentaba la sociedad secreta”.⁴⁰ Sin embargo, la “intolerable y desagradable carga de trabajo en las colonias militares” lo obligaba a acercarse cada vez más a esos pensamientos.⁴¹ Para fines de octubre, los conspiradores sintieron la suficiente confianza en Batenkov para revelar la existencia de dicha sociedad. Pero ciertos asuntos de relevancia lo seguían separando de ellos: su insistencia en la necesidad de la monarquía, sobre todo.⁴² Más adelante, en noviembre, Batenkov se vio obligado a tomar las armas de esta sociedad secreta cuando el informe sobre ciertos comentarios indiscretos de su parte —a propósito de que él agradecería el retiro de Arakcheiev, en particular si traía consigo el regreso de la influencia de Speranskii— lo obligaron a renunciar como asistente de Arakcheiev.⁴³ Tal vez este desastre no fuera del todo accidental: tal vez las presiones de su doble vida lo llevaron, si no a la ansiedad, al menos sí a ponerse en guardia ante su propia caída. En junio le había sugerido a los Yelaguin que los prospectos de su ascenso podrían verse amenazados por su propia “locura”, es decir, por su heterodoxia política, y al parecer no parecía lamentarlo.⁴⁴ Aún así, su despido del servicio comportó un golpe amargo. Ese verano, en su propia opinión, había llegado a la cima de su propia estima —“mi tasa de cambio llegó a su máximo,” como decía.⁴⁵ Ahora el hombre ante quien se había abierto una brillante carrera de pronto se veía marcado por presunta deslealtad y con todas sus perspectivas canceladas. La pregunta que lo había mortificado al fin se decidía

así —pero es importante señalar que no la decidió él sino que otros la decidieron por él. La vía del cambio a través del servicio público se le cerraba. Sólo quedaba el camino de la revolución.

Batenkov, tal y como sucedió, encajaría mal en la sociedad secreta y todos sus aliados lo fue a encontrar sobre todo en las afueras. Eran, por un lado, los miembros más cautelosos y prosaicos de la sociedad; por otro, alguien como Batenkov, no tenía en sí la marca del feudalismo residual de la mayoría de los decembristas y por lo tanto no estaba sujeto a las inhibiciones tácticas que lo anterior imponía.⁴⁶ No es sorprendente que una vez fracasado el levantamiento él se defendiera diciendo que en términos morales nunca había sido miembro de la sociedad. Sin embargo, por el momento fue el alma y el corazón de la sociedad. En su amargura por la forma en que había sido tratado, Batenkov sintió que se debía por completo a la parte revolucionaria, de hecho experimentó un “odio absoluto hacia el orden existente” y “empezó a rechazarlo ruidosamente y a presentarse como una persona dispuesta a lo que fuera con tal de traer el cambio”.⁴⁷

IV

Para Ryleiev y los Bestuzhev, este hombre que por tanto tiempo había detenido sus avances fue una captura vital. Necesitaban sus talentos, su experiencia en el gobierno y, más que nada, necesitaban sus contactos. Su cercanía a Arakcheiev, como era sabido, suscitó la sospecha de que pudiera ser un espía;⁴⁸ en cambio, su lugar como *protégé* de Speranskii se tenía como una bendición absoluta, pues les prometía un vínculo con uno de los liberales más respetados; popular por haber padecido a causa de sus opiniones. Esas opiniones nunca se difundieron, desde luego: los escritos políticos de Speranskii fueron puestos bajo custodia en marzo de 1812; pero uno del grupo, Nikolai Turgueniev, pudo acceder a ellos y a resultas de eso el “amor por la patria” de Speranskii se llegó a conocer bien entre los revolucionarios.⁴⁹ Una vez que triunfaran, los revolucionarios establecerían un gobierno provisional, para el cual

requerían personas de un liberalismo probado, e inevitablemente pensaban en Speranskii como en uno de los tres miembros del gobierno. Más aún, todavía antes del levantamiento Speranskii llegó a serles de utilidad para alardear entre los presuntos reclutas de la causa que tenían un contacto implícito con él, y lo que más les preocupó de la captura de Batenkov era que él parecía proveer ese vínculo.⁵⁰

Sin embargo, los revolucionarios no podían esperar ningún tipo de apoyo o siquiera de entusiasmo de parte de Speranskii sino hasta que triunfaran. “Primero ganen, entonces todo el mundo estará de su lado,” se dice que le dijo a un emisario de los decembristas en la mañana del levantamiento.⁵¹ Fuera cierto o no, no hay duda de que esas palabras reflejaban su actitud. Pudo haber adivinado en las cosas en las que andarían metidos Batenkov y sus amigos, y hasta el mismo Batenkov le pudo haber llegado a sugerir sus intenciones, pero también es muy probable que Speranskii lo animara a tenerlas. Las convicciones revolucionarias de Batenkov señalaban de hecho hacia una brecha inevitable entre ellos, como muy bien lo sabía Batenkov. Antes, en febrero, Batenkov había descrito su dilema a Avdotia Yelaguina como “vivir en familia o largarme con los *ashanti* en busca de aventuras”.⁵² Por “la familia” ella debió entender con toda seguridad Speranskii, con quien para entonces Batenkov daba por hecho cierta relación familiar, y por la tribu de los *ashanti* —que en ese momento se resistía a la colonización—, los revolucionarios. Los dos, para él, eran incompatibles: unirse a los revolucionarios significaba dejar la familia —esto es, repudiar a Speranskii— y por lo tanto exponer su relación con Speranskii. La relación, hay que reconocerlo, para entonces estaba mal. La penetración de Siberia no había sobrevivido el cambio a las condiciones más desalentadoras de Petersburgo, y la inhabilidad de Batenkov para ocultar sus sentimientos y aguardar pacientemente la llegada de mejores tiempos había introducido una distancia entre “padre” e “hijo”. Sin embargo, cuando Speranskii se cambió de casa tras el matrimonio de su hija, Batenkov se fue a vivir con él; y seguirían viviendo bajo el mismo techo hasta el arresto de este último. Ba-

tenkov pudo haber dejado de idolatrar a Speranskii, pero resulta claro que lo seguía necesitando. Su dependencia de este hombre a quien adoraba con el alma, según su testimonio, y con quien tenía “una relación muy especial”, entre toda la demás gente de Petersburgo,⁵³ de hecho había sido el gran obstáculo para que él se transformara en uno de los revolucionarios, y cuando al fin se hizo revolucionario, su apego continuado a Speranskii volvió vulnerable su compromiso con la revolución.

Las dimensiones de esta vulnerabilidad se vería en su respuesta a la noticia de la muerte de Alejandro, la cual, al llegar a Petersburgo el 27 de noviembre de 1825, sometió a sus revolucionarios a una prueba casi inmediata. La respuesta de Batenkov debió ser la de buscar a los colegas de la sociedad secreta. Nikolai Bestuzhev, por ejemplo, al saber la noticia salió corriendo hacia donde estaba Ryleiev, quien durante más de un año le estuvo diciendo que la muerte de Alejandro sería el momento de actuar.⁵⁴ Pero Batenkov, no obstante su impulsividad, no hizo lo mismo. Bastante tarde pensó en ir a ver al príncipe Trubetskoi, aquel entre todos los conspiradores que estaba en la mejor posición para juzgar la factibilidad de un levantamiento; pero decidió no ir con él.⁵⁵ De hecho, por entonces un levantamiento no estaba entre sus principales pensamientos. Lo que lo había desplazado era la ambición de lograr el constitucionalismo sin el recurso de la fuerza, y la persona que salió a buscar fue Speranskii.

Batenkov entendía que la confusión dinástica que siguió a la muerte de Alejandro había colocado al Consejo de Estado, que normalmente era una pieza decorativa, en una posición de poder.⁵⁶ Su esperanza era que se pudiera persuadir al Consejo para que se saltara a los dos contendientes aparentes en la sucesión, Constantino y Nicolás, y que en lugar de alguno de ellos reconociera al hijo de siete años de Nicolás, Alejandro, o a la viuda del difunto emperador, Isabel, pues bajo cualquiera de los dos el régimen podría convertirse en constitucional.⁵⁷ El papel de Speranskii en esta transformación pacífica habría sido vital: a él le correspondía realizar la persuasión inicial. Lo que Batenkov esperaba de él no era del

todo irreal: la política del “falso constitucionalismo”, a fin de cuentas, había presupuesto una coyuntura crítica en la que el gobernante se vería obligado por sus adversarios y por la presión de la opinión pública a ocultar sus poderes autocráticos. Sólo que Speranskii, al igual que los decembristas tempranos, había visto la necesidad de un periodo bastante largo en el cual se prepararía al país para romper con la autocracia.⁵⁸ La muerte de Alejandro se había dado demasiado temprano, y Speranskii, un juez esclarecido del tiempo histórico que ya había sido castigado severamente en una ocasión por no saber juzgarlo, con dificultad habría pensado de otra forma. Por suerte para él, Batenkov llegó demasiado tarde y él ya había salido hacia el Palacio de Invierno. Ahí, el Consejo de Estado juró lealtad al heredero reconocido, Constantino. Al enterarse de lo que había ocurrido, la indignación de Batenkov no tuvo límite. Desahogó sus sentimientos ante Speranskii, a su regreso, y en la noche, golpeado por la pena al parecer, le contó a un amigo lo que había sucedido.

Me he peleado con mi viejo y sabrá Dios qué cosas le habré dicho. ¡Cómo fue posible que lo hicieran! Dejaron pasar uno de esos días que sólo ocurren cada cien años y no pudieron hacer nada por su patria. Ahora todo se ha perdido irremediablemente, ya no hay nada que pensar al respecto, hay que olvidar todos los proyectos. Está acabado: Rusia deberá seguir esclavizada por cien años.⁵⁹

La oportunidad perdida lo precipitó en la desesperación: “Si el Consejo hubiera contado con el hombre decisivo”, informó otro amigo sobre este lamento de Batenkov, “entonces Rusia habría prestado juramento al soberano y a las leyes”⁶⁰ —refiriéndose por “las leyes”, desde luego, a que Rusia habría adquirido una monarquía acotada y un parlamento. Tan difícil de sobrellevar como la oportunidad perdida de la libertad fue perder la fe en Speranskii al rehusarse a ser ese “hombre decisivo”. En respuesta a este doble golpe, Batenkov se volvería hacia la revolución. Sin embargo, la relación con Speranskii había salido dañada más que destruida. En los siguientes

días, Batenkov nunca perdió del todo la esperanza en Speranskii y en una transformación pacífica y el final del interregno *de facto* conoció otro encuentro ríspido entre ellos. Al oír de Speranskii que Nicolás estaba por tomar el poder, Batenkov salió corriendo de la habitación y ya afuera le dijo, hecho una furia, a la hija de Speranskii —cuya presencia protegió a Speranskii de este repentino estallido— que “todo el mundo piensa en sí mismo y a nadie le importa Rusia...”⁶¹ A duras penas debió escapársele a la joven que este comentario iba dirigido al mismo Speranskii, quien no sólo había dejado en claro que no se opondría a la reimposición del gobierno autocrático sino que había expresado placer ante el prospecto de Nicolás como emperador y lo comparó con Pedro el Grande. Al día siguiente, el 14 de diciembre, fue la proclamación de Nicolás, y esta vez Speranskii no escapó. “Sólo ese día”, informó Nikolai Bestuzhev, Batenkov “le reprochó a M.M. Speranskii, diciéndole que debería darle vergüenza, a él cuya inteligencia superaba a la de muchos de sus contemporáneos y que durante cincuenta años había hecho salir adelante a Rusia, por no haber sido capaz de decir una palabra en defensa de las leyes”.⁶²

Sin embargo, nada de lo anterior quedó en el propio testimonio de Batenkov. En él, si bien admitía su indignación en contra del Consejo, suprimió toda sugerencia de indignación en contra de Speranskii; se retrataría a sí mismo, de hecho, como el hijo pródigo y a Speranskii como el padre justo tratando inútilmente de llevarlo por el camino del deber. Las posiciones en realidad eran al revés: Speranskii hizo lo que pudo para eludir a Batenkov durante estos días y cuando se encontraron se puso a la defensiva, tratando de justificarse en contra de los reproches de su *protégé*. “Yo voy por mi cuenta”, respondió tímidamente al estallido de Batenkov el día 27. “¿Qué es lo que me pides que haga? No puedo hacer nada por mi cuenta”.⁶³

V

La crisis en esta relación fundamental, la amenazada pérdida de la figura paterna, tuvo un efec-

to desarmante en Batenkov en el periodo que va del 27 de noviembre al 14 de diciembre. Pese a ello fue capaz, al menos por momentos, de pensar más creativamente que cualquier otra persona de la sociedad secreta sobre una alternativa a la perdida transformación pacífica. Sin embargo, sus pensamientos eran los de un genio díscolo prácticamente sin seguidores propios y poca habilidad para colaborar con otros, que se veía a sí mismo al margen de una organización que lo apreciaba más por su presunta contribución al gobierno una vez logrado el triunfo que por sus ideas sobre la forma de lograr ese triunfo.⁶⁴

El 27 había sido un día de doble, si no es que triple, desastre para Batenkov: luego de perder la oportunidad de un cambio pacífico y el encaramiento consecuente con Speranskii, se inclinó por la opción militar tan sólo para enterarse por sus propios colegas de la sociedad secreta, de que ese camino no estaba incluido —la lealtad de la tropa hacia Constantino parecía ser inalterable. Hacia el 8 de diciembre concluyó para Batenkov el transitorio periodo que siguió a la decisión de posponer la acción “al menos por dos años”, cuando supo por el príncipe Trubetskoi que Constantino parecía ahora cierto de renunciar al trono. Esto hacía algo más que quitar el obstáculo principal a un levantamiento: la lealtad de la tropa al nuevo gobernante. Convirtió a la “lealtad testaruda” en un bien, sugiriendo que cuando menos a algunos de la tropa se les podría persuadir para que se amotinaron en lugar de jurar su alianza al impopular Nicolás.⁶⁵ Comprender que de pronto se volvía factible el alzamiento revitalizó a Batenkov y los días inmediatos lo mostrarían en sus momentos de mayor astucia e imaginación.

Por supuesto que Trubetskoi y él eran aliados naturales, ya que ambos estaban en favor de conservar la monarquía y la nobleza en una sociedad a la que dominaban los radicales que no querían a ninguna de las dos. Sin embargo, el encanto particular de Trubetskoi radicaba en el hecho de que él parecía ser algo más que un hombre de palabras, a diferencia de otros. Él pertenecía, según la sospecha de Batenkov, a una conspiración formidable y bien organizada cuya base estaba en el sur. Más aún, hacía poco que lo

habían elegido como el “dictador” de la Sociedad del Norte y así tomaría todas las decisiones militares para el levantamiento. A los “jóvenes” de la sociedad secreta se les podía entrenar, pero “era risible esperar algo de ellos”; Trubetskoi, por el contrario, tenía el aire de ser “un hombre con los recursos para hacer algo”.⁶⁶

Lo que ese algo debía ser lo acordaron entre los dos en un proyecto que habría de considerarse como de Trubetskoi pero que en realidad fue de la inspiración de Batenkov.⁶⁷ Lo llamaré el proyecto alternativo. Al igual que el proyecto de la mayoría, éste contemplaba al levantamiento como una defensa ostensible de los derechos de Constantino en contra de la “usurpación” de Nicolás. Pero fuera de eso, los dos proyectos diferían en todo lo demás. La mayoría pensaba que la clave del éxito estaba en capturar al senado, el cual gozaba, en su opinión, de un estatus casi zarista a los ojos de la gente, y en usarlo en nombre de la revolución. El senado, por lo tanto, sería el primer objetivo de la acción y a los senadores habría que persuadirlos —a través de la diplomacia o bien de la fuerza— para que le dieran al nuevo orden su *imprimatur*. El plan de la mayoría por lo tanto contemplaba una revolución *urbana*, la rápida toma del poder en el centro de la ciudad. Sin embargo, Batenkov y Trubetskoi se oponían a la idea de un golpe rápido al senado; ellos estaban por sacar a la tropa de la ciudad y por provocar el cambio a través de una negociación antes que a través de la fuerza bruta.⁶⁸ En lugar de tomar hacia la Plaza del Senado, el primer regimiento que se negara a rendir juramento a Nicolás iría a tambor batiente hacia el regimiento más cercano y crearía así, era de esperarse, una reacción en cadena de motines. Las fuerza insurrectas saldrían entonces de la ciudad y acamparían hacia el sur en las Colinas de Pulkovo, en lo que sus dirigentes negociaban con Nicolás.⁶⁹

El proyecto alternativo era por tanto más cauteloso que el de la mayoría: se reservaba el uso de la fuerza y hacía lo máximo por preservar lo que Trubetskoi llamó “el aspecto cabal de la legalidad”.⁷⁰ En lo que seguían las negociaciones para el regreso de Constantino, se establecería un gobierno provisional y esto echaría a andar lo

que ambos estaban de acuerdo en que era “lo principal”, a saber: el llamado a los diputados para formar una asamblea constituyente.⁷¹ El resultado ideal era claro: Constantino no cambiaría de parecer en cuanto a su abdicación, no obstante el éxito de sus “simpatizantes”, y Nicolás acordaría entonces aceptar el constitucionalismo. ¿Y si Nicolás se negaba? En ese caso sería difícil conservar el “aspecto cabal de la legalidad”, especialmente si Nicolás para entonces ya había legitimado su postura sacándole una clara abdicación a su hermano. En el testimonio de la cárcel, Batenkov “conjeturó” que en tales circunstancias Trubetskoi habría tomado el juramento de Nicolás del 27 de noviembre en favor de Constantino como la renuncia a sus propios derechos y luego habría hecho proclamar emperador al niño Alejandro.⁷² Pero eso planteaba el problema de cómo sacar a un resuelto Nicolás, y lo anterior, sostenía Batenkov —de manera poco creíble—, no se le había ocurrido. Sin embargo, lo que es probable es que no discutiera el punto con Trubetskoi, ya que la alianza entre ellos era precaria y el desalojo de Nicolás habrían suscitado puntos que los podrían haber separado.

Trubetskoi había visto correctamente en Batenkov un contrapeso a fariseos como Ryleiev, pero al parecer no percibió la mezcla de los propósitos moderados con la disponibilidad a emplear métodos poco ortodoxos de Batenkov. Trubetskoi, un aristócrata con un profundo miedo a los disturbios del pueblo, pudo haber no percibido que su socio era bastante más insensato que él ante la amenaza de la anarquía. Batenkov, recuérdese, era alguien ajeno a las clases terratenientes y poseedoras de siervos; no venía de la Rusia europea sino del mundo tan distinto de Siberia, en el que no había nobleza terrateniente ni siervos y en donde la familia de un humilde oficial del ejército como la suya podía pasar como “aristócrata”.⁷³ Sorprendente habría sido que él hubiera compartido el fastidio extremo ante una plebe desatada que caracterizó a casi todos los decembristas, y hay muestras de que no fue así. Unos días antes del 8 de diciembre le había dicho a Alexander Yakubovich que ellos debían reunir una multitud en nombre del constitucionalismo. La idea de atraerse el apoyo popular volvió a apa-

recer en su sugerencia de que los regimientos insurrectos debían reunir al pueblo a su alrededor con el redoble de los tambores.⁷⁴ Más aún, una vez que las tropas hubieran acampado en las Colinas Pulkovo, Batenkov, a diferencia de Trubetskoi, estaba listo “para hacerles comprender de los propósitos de nuestra empresa...”⁷⁵ La ventaja del movimiento hacia las Colinas Pulkovo, tal y como lo veía Batenkov, era que las tropas estuvieran en la posibilidad de ejercer la mayor presión posible sobre Nicolás. Ahí controlarían las comunicaciones. Ahí estarían cerca de otras unidades rebeldes en potencia. Pero el argumento más decisivo en favor de llevarlas allí era uno que reflejaba la relativa inmunidad de Batenkov ante el temor a los desórdenes populares, y que eligió ocultar tanto a Trubetskoi como a sus subsecuentes inquisidores: que allí las tropas podrían recibir un influjo masivo de apoyo proveniente de los colonos militares en la cercana provincia de Novgorod.

Tres años de trabajar con Arakcheiev, el comandante en jefe de las colonias militares, habían vuelto sumamente consciente a Batenkov del descontento suscitado por este experimento bajo el cual enormes extensiones de terrenos campestres se entregaron al control militar, lo cual convertía a los soldados en agricultores de medio tiempo y a los campesinos en soldados de medio tiempo. En sus cartas las colonias, bajo el nombre clave de las “Montañas Azules”, reciben a veces un trato irónico —son un “lugar fresco” en donde se puede eludir a la “lujuria, la sensualidad, el orgullo y los otros siete pecados capitales”; pero también son “altas, enormes, rocosas, aiosas, frías y peligrosas para cualquier viajero”.⁷⁶ De hecho, las colonias se habían convertido en una obsesión que Batenkov ventilaba “a cada rato” con Ryleiev, diciéndole que “estaban en malos términos con el gobierno” y “listas a sublevarse a la primera oportunidad”. Batenkov tenía la esperanza de que cuando las tropas se hubieran ido a las Colinas Pulkovo, “las colonias se les unirían de inmediato y entonces se podría tomar la ciudad sin derramar sangre”.⁷⁷ En otras palabras: la posibilidad misma de tal matanza forzaría la capitulación de Nicolás: ésta era la respuesta al asunto de la ex-

pulsión de Nicolás que Batenkov había eludido. Sin embargo, Batenkov no depositó sus esperanzas en los oficiales de las colonias —eran unos “buenos para nada”— sino más bien en la tropa, de la que al parecer esperaba que tomara la iniciativa desafiando a sus superiores.⁷⁸ Batenkov buscó también los descontentos extremos de los Viejos Creyentes. La idea de interpelar al descontento de los rusos comunes y corrientes quebrantaba, por supuesto, un tabú fundamental si bien no dicho. No sorprende que jamás se lo planteara a Trubetskoi, quien se habría opuesto terminantemente a la menor sugerencia de involucrar a las colonias.⁷⁹ Ryleiev y los de su círculo al parecer debían ver con mejores ojos este asunto; pero ellos, para amargura de Batenkov, rechazaron sus ideas y se negaron a considerar otra participación de las colonias que como un refugio en el caso de fracasar. Si el proyecto alternativo era demasiado cauto en la glosa de Trubetskoi, resultaba demasiado radical en la de Batenkov, pues al respaldarse en los colonos militares Batenkov amenazaba con emprender una guerra que se extendería en el espacio y en el tiempo, una guerra civil cuyas ramificaciones serían totalmente impredecibles: y nada podía estar más lejos de la efímera acción emprendida en el centro de Petersburgo, realizada por soldados que ignoraban de lo que se trataba y sin ningún tipo de participación popular, la cual contemplaban los otros conspiradores.

El rechazo del proyecto alternativo dejó a Batenkov en el limbo: no se podía separar de la sociedad secreta ni comprometerse cabalmente con sus tácticas. Pero aún realizaría un servicio vital a la sociedad: le dijo a Speranskii que se había designado el 14 de diciembre para la jura de Nicolás y que esa sería la señal para entrar en acción.⁸⁰ Sin embargo, no participó en el levantamiento, no obstante que lo urgieron para que se uniera a los demás en la Plaza del Senado y su único gesto hacia eso fue el negarse a jurar por Nicolás. Cuando quedó claro que el levantamiento estaba condenado, Batenkov juró. Entre sus colegas caló hondo el hecho de que no se mostrara solidario, y cuando los visitó en la noche lo echaron de la puerta con una respuesta amarga.⁸¹ El siguiente encuentro entre él y los prin-

cipales conspiradores sería en las confrontaciones orquestadas por la Comisión Investigadora, y para entonces ya había desaparecido toda sugerencia de un frente común: serían adversarios disputando testimonios.

VI

Muchos de los decembristas capturados rechazaron por aberrante su apego a la revolución; la historia del liberalismo ruso como un credo diferente al radicalismo por su repudio a la violencia comienza ciertamente a partir de estas cantaleas. Pero Batenkov fue el único que se negó a aceptar, entre las grandes figuras del movimiento que repudiaron la revolución, que él había sido un revolucionario en cualquier escenario. Ciertamente, en un testimonio memorable del 18 de marzo de 1826, Batenkov apoyó la idea de la revolución, escribió una peana dirigida a todos aquellos que la intentaron y se presentó a sí mismo como el arquitecto principal de este intento;⁸² pero salvo este testimonio, aislado por completo de los demás —sean del lado que sean— y que más adelante desconoció por tratarse del producto del cansancio mental extremo, repudió consistentemente la revolución como un método de cambio y se retrató como un inocente enredado por gente que simplemente quiso usarlo por su vínculo con Speranskii y a quienes les ocultó las intenciones que ellos tenían. Eso desde luego no representaba bien la relación de Batenkov con la sociedad secreta y era injusto con sus miembros, sin embargo el argumento que presentó ante la Comisión no fue el esfuerzo de un mero chaquetero para evitar el castigo, tampoco fue la defensa astutamente urdida de un revolucionario comprometido que había decidido “confundir, embrollar, cansar” a sus inquisidores.⁸³ Más bien surgía de las complejidades de la misma relación, la cual fue equívoca de principio a fin. Batenkov estuvo tanto por el cambio pacífico como por el cambio a través de métodos revolucionarios más radicales, en ciertos sentidos, de aquellos que sus colegas en la sociedad estaban dispuestos a aceptar, y con lo anterior se anticipó a las actitudes diametralmente opuestas del

liberalismo y del socialismo posteriores. Pero su doble crítica implícita, y en cierto modo disidente, a la táctica de la revolución militar —tanto de derecha como de izquierda—, lo dejó aislado; esa crítica no logró atraer a los otros miembros, quienes se aferraron a su creencia en la revolución militar, y al final él, como ellos, fueron arrastrados al desastre por esa táctica. No es sorprendente que la cuarteada entre él y ellos, ya evidente el 14 de diciembre, se ensanchara y que en la Fortaleza de Pedro-Pablo viera con amargura a quienes habían propuesto la revolución militar y se viera a sí mismo como su víctima. Tampoco sorprende que el desastre no sólo desacreditara ante sus ojos a la revolución militar sin cualquier tipo de revolución, que en su comienzo la crítica de Batenkov de la táctica de la revolución militar desde la derecha se encargara de sacar lo mejor de su crítica desde la izquierda —no obstante ese brote de fe revolucionaria del 18 de marzo— y que el desastre no hiciera de él un revolucionario cabal sino un abogado del cambio sólo por medios pacíficos.

Tras el repudio a sus colegas en el secreto, Batenkov volvió en su cautiverio a la más profunda lealtad hacia Mijail Speranskii. Nicolás, quien pensaba que Batenkov había sido el mediador entre Speranskii y la sociedad secreta, hizo que lo interrogaran reiteradamente sobre este punto y varias veces él mismo se encargó de interrogarlo. La libertad y los favores, quedaba claro, serían las recompensas por su cooperación y, en caso contrario, el castigo más severo. Speranskii bien pudo haber temido que Batenkov se quebrara bajo la presión y que diera su nombre entre uno de sus cómplices, y otros esperaban lo mismo.⁸⁴ Pero Batenkov resistió. Su respuesta al soborno fue clara: “Señoría, sería yo el mayor de los criminales, un parricida, si empezara a buscar mi salvación en la infame calumnia de un hombre virtuosos y honrado...”⁸⁵ Consistentemente —y bien, sin lugar a dudas— negó la acusación de intermediación, rechazándola como una “pérfida calumnia”.⁸⁶ Sin embargo, Batenkov hizo más que negar la complicidad de Speranskii con el levantamiento; con entregada devoción lo protegió ante cualquier sugerencia de culpabilidad hasta de la más remota de las aso-

ciaciones con los objetivos y ethos del movimiento decembrista.⁸⁷ Su propia relación con Speranskii, sostuvo, no había sido ni íntima ni política. Había sido “especial”, lo reconocía; a Speranskii le debía, reconoció, “los mejores días de mi vida, los sentimientos más elevados de mi alma, la conformación de mi intelecto, un credo firme y el respeto a la virtud”.⁸⁸ Pero sus tratos con él habían sido formales y distantes: “Mijail Mijailovich nunca me permitió tratarlo de otra forma que como deben tratarse padre e hijo.” Batenkov siempre le tuvo “temor como al fuego” y “nunca se atrevió a hablarle sobre sus asuntos con los miembros de la sociedad secreta y en general sobre el cambio político en Rusia...”⁸⁹ Esta relación, según el retrato que Batenkov hizo de ella, expurgada de todo su contenido político, asumió entonces una calidad iconográfica: un Speranskii limpio de pecado aparecía de pie como un padre junto a un intimidado Batenkov, cuyas ideas y actividades políticas le había ocultado. ¿Cómo era posible entonces que una relación que a fin de cuentas no se basaba en vínculos naturales y que al parecer carecía de cualquier dinámica asumiera tal significado? ¿Cómo fue que el *bienpensant* de Speranskii se transformara en el “padre” de —y le moldeara la mente a— un “hijo” cuyas opiniones estaban tan lejos de las suyas? La discrepancia entre la importancia que Batenkov admitía haber otorgado a la amistad y su explicación de la naturaleza de ésta aún quedaba por demostrarse, y con su valiente desafío hizo muchísimo por salvar a Speranskii de la prisión.

El retrato que hizo Batenkov de Speranskii estaba desde luego travestido. Sin embargo, los valores que yacían, ocultos, en el corazón de esta relación quedaron reflejados —de hecho, asumidos positivamente— en otra parte de su testimonio. Batenkov no negó que las opiniones liberales lo habían llevado hacia la sociedad secreta, ni tampoco se retractó de estas opiniones. Por el contrario, admitió su fe en la libertad y en la necesidad de un gobierno representativo, y si bien rechazaba los métodos “criminales” de la sociedad secreta sostuvo que la sociedad había tenido “sin duda en lo general buenas intenciones hacia la patria”. “La esencia de mi crimen,” sostuvo, “es sencilla: anhelaba la libertad política y tuve



un breve y azaroso encuentro con gente aún más metida en ese mismo anhelo.⁹⁰ Batenkov escribió un deslucido análisis de las presentes instituciones de Rusia, atribuyendo su inadecuación a la falta de libertad política, y adelantó proposiciones para nuevas instituciones, las cuales, como hemos visto, habrían limitado al monarca y habrían establecido las libertades civiles y una legislatura bicameral. El interregno habría dado en su opinión la oportunidad de lograr la libertad no a través de la revolución sino mediante “medios liberales”, por la acción de “gente que ocupaba altos cargos y que no tenía más arriba de ella otra cosa que el poder supremo, que entonces era inestable”. Ellos habrían provocado el cambio ejerciendo presión, tanto moral como militar, aunque esta última “sólo se habría necesitado hasta cierta parte del camino...”⁹¹ Dio el ejemplo de Trubetskoi como una de estas personas a las que él habría recurrido; lo que no dijo fue que su principal esperanza para ese cambio se concentró en Speranskii.

Por el momento no había desde luego prospecto alguno de que Rusia fuera a transformarse mediante un método liberal o por cualquier otro método. El resultado del levantamiento no hizo más que confirmar lo que Speranskii había visto con claridad a principios de siglo: que en Rusia no podría darse un avance hacia instituciones libres sin modificar la naturaleza de la sociedad misma. En el corto plazo la causa liberal se veía tan inerte que sólo conocería bajas, y entre aquellos que la abandonaron estaba Mijail Speranskii. Los desconocimientos de Batenkov pudieron haberlo salvado de la cárcel,⁹² pero no lograron mitigar las sospechas de Nicolás sobre Speranskii y el autócrata se vengó comisionándolo a la corte que se encargó de fijar las sentencias a los decembristas. Speranskii sólo pudo probar su lealtad al actuar como instrumento de castigo de aquellos cuyos objetivos, si bien no sus métodos, Nicolás tenía la sospecha de que el mismo Speranskii apoyaba. Cumplió bien con su parte y con su desempeño logró redimirse ante la opinión de Nicolás. Mucho le costó su desempeño en contra de personas que en muchos casos conocía y cuyos valores hasta cierto punto compartía; durante los juicios, observó su hija, “no pocas veces ella

se lo encontró sufriendo y con lágrimas en los ojos...”⁹³ En cuanto al decembrista que más le importaba, este hombre tímido y ordenado no tuvo que echarse en cara nada. Pudo haber votado en favor de la ejecución de otros de los acusados, pero cuando la misma suerte se propuso para Gavril Batenkov él habló categóricamente en contra de eso.⁹⁴ “Por los esfuerzos de M.M. Speranskii”, señalaría uno de los miembros de la corte, “Batenkov se salvó de ser ejecutado.”⁹⁵ Así, gracias a un acto de valor que pudo haber recalentado la ira de la flama de Nicolás en contra suya, Speranskii retribuyó la lealtad incondicional de su *protégé* hacia él. Pero si bien le salvó la vida a Batenkov, no pudo obtener para él la libertad; y a Batenkov se le castigaría, tal y como sucedió, con más severidad que a la gran mayoría de los decembristas que lograron evitar la pena de muerte. Luego de un año de prisión en Finlandia, se le trajo de regreso a San Petersburgo; pero en lugar de mandarlo en ese momento con sus pares a cumplir la sentencia de trabajos forzados y su inmediata remisión a Siberia, se le retuvo en secreto y se le guardó —con un falso nombre— en confinamiento solitario en la Fortaleza de Pedro-Pablo, y sólo después de pasarse ahí metido diecinueve años se le permitió ir al exilio en Siberia. De este modo, al parecer, Nicolás se vengó del hombre que frustró su deseo de desenmascarar al mayor de los liberales durante el reinado de su hermano.

En todo su encierro, Batenkov se aferró al recuerdo de Speranskii como algo sagrado. Speranskii murió en 1839, luego de haber gozado una exitosa carrera con Nicolás, pero no fue sino varios años después de ocurrida cuando la noticia de su muerte llegó a Batenkov. Al escribirle a una amiga desde Siberia sobre la muerte de su esposo, Batenkov comentó que “dos grandes pérdidas sacudieron mi alma hasta sus cimientos. Una fue la pérdida que tú compartes; la otra... Habrás adivinado que me refiero a Mijail Mijailovich [Speranskii]. Ya no me quedan amigos...”⁹⁶ Amnistiado en 1856 en compañía de otros decembristas, Batenkov volvió a la Rusia europea y reestableció sus lazos con los viejos conocidos; pero sobre el tema Speranskii siempre fue muy reservado. “El recuerdo de M.M. Speranskii,” le

contestó en una ocasión a alguien que le escribió preguntándole sobre Speranskii, “ocupa un lugar permanente en mi alma, pero no me agrada hablar de él. Su persona pertenece a esos tan raros fenómenos sobre los cuales es mejor guardar silencio que hablar en un momento inadecuado y en un lugar inadecuado...”⁹⁷ Sin embar-

go, nosotros sabemos que en una ocasión Batenkov bajó la guardia y que el comentario que hizo esa vez bien podría haber servido de epitafio para Speranskii. “Durante toda su vida después del exilio,” escribió en una carta de 1862, “hubo una contradicción absoluta entre los actos y las convicciones de Speranskii”.⁹⁸

Notas

¹ “The Liberalism of Michael Speransky”, en *The Slavonic and East European Review*, 64, 3, Londres, julio de 1986, pp. 401-424.

² “O korennij zakonaj gosudarstava”, en M.M. Speranskii, *Proiekti i zapiski*, edición de S.N. Valk, Moscú-Leningrado, 1961 (en adelante: *Proiekti*), p. 33, nota al pie.

³ Sin embargo, Speranskii no empleó el término “falso constitucionalismo”; en Rusia lo emplearon por primera vez un siglo después P.N. Miliukov y otros Cadetes, quienes lo tomaron de Max Weber (Scheinkonstitutionalismus). Los liberales que aplicaron el término a la constitución de 1906 no veían mérito alguno, desde luego, en la idea de instituciones dependientes de la autocracia; pero lo que para ellos fue un término absolutamente peyorativo describía una relación de poder que recomendó Speranskii.

⁴ “Vvedenie k Ulozheniu gosudarstvennyj zakonov”, en Speranskii, *Proiekti*, p. 164.

⁵ Véase el escrito de Alejandro del 22 de marzo de 1818: A.F. Bychkov (ed.), *V pamiat Grafa Mijaila Mijailovicha Speranskogo 1772-1872*, San Petersburgo, 1872 (en adelante Bychkov, *V pamiat*), pp. 105-107. Lo mismo se sugiere con más fuerza en una carta personal de Alejandro a Speranskii en la misma fecha: Bychkov, *V pamiat*, p. 108.

⁶ Barón M. Korof, *Zhizn Grafa Speranskogo*, San Petersburgo, 1861 (en adelante Korf, *Zhizn Speranskogo*), II, p. 211.

⁷ “Otchot taynogo sovietskogo Speranskogo v obozrenii Sibiri s predvaritelnyimi svedeniami k obrazovaniiu iego upravleniia” (en adelante “Otchot taynogo sovietskogo Speranskogo”), en S. Prutchenko, *Sibirskie okrainy*, 2 vols., San Petersburgo, 1899, II, p. 81.

⁸ Así se definen los poderes del Consejo. “El Consejo no tiene un poder ejecutivo: al Gobernador-General corresponde aceptar la opinión del Consejo; pero la opinión del Consejo tiene que ver necesariamente con los asuntos que se limitan a su escrutinio; en los casos que se relacionen con la resolución del supremo gobierno, el Gobernador-General presentará asimismo, junto con su propia conclusión, la opinión del Consejo, aun cuando estuviera en desacuerdo con el Consejo...” *Polnie Sobraniie Zakonov Rossiiskoi Imperii s 1649 goda*, 44 vols., San Petersburgo, 1830, vol. 38 (1822-1823), p. 385, pará. 545.

⁹ Bychkov, *V pamiat*, p. 504.

¹⁰ “Otchot taynogo sovetnika Speranskogo”, p. 83, nota al pie.

¹¹ “Zapiska ob ustroystve sudiebnyj i pravitelstvennyj uchrezhdeniy v Rosii”, en Speranskii, *Proiekti*, p. 132.

¹² Para una relación completa del trabajo de Speranskii en Siberia véase Marc Raeff, *Siberia and the Reforms of 1822*, Seattle, 1956.

¹³ Gavriila Stepanovich Batenkov nació en 1793 en Tobolsk en el seno de la familia de un humilde oficial del ejército, quien murió cuando Gavriila, su vigésimo hijo, empezaba su adolescencia. Educado en el Segundo Cuerpo de Cadetes, Batenkov se destacó en el servicio y resultó gravemente herido en la campaña de 1812-1814. Al volver a Rusia obtuvo el grado de ingeniero y fue enviado a su natal Siberia, y aquí, en 1819, conoció a Speranskii.

¹⁴ B.P. Kozmin (ed.), *Pisma G.S. Batenkova, I.I. Pushchina i E.G. Tolia*, Moscú, 1936 (en adelante Kozmin, *Pisma*), p. 105.

¹⁵ Korf, *Zhizn Speranskogo*, II, p. 194.

¹⁶ Kozmin, *Pisma*, p. III.

¹⁷ Korf, *Zhizn Speranskogo*, II, p. 207.

¹⁸ A.A. Pokrovskii, M.N. Pokrovskii, M.V. Nechkina (eds.), *Vostaniie dekabristov: materialy i dokumenty*, 17 vols., 1925-1980 (en adelante *Vd*), 14, p. 94.

¹⁹ Para su idea sobre la incompatibilidad de la autocracia y la ley, véase, por ejemplo, “Razmyshleniia o gosudarstvennom ustroystve imperii”, en donde afirma que “en este gobierno [el autocrático] no puede haber leyes”; y “Otryvok o Komissii Ulozheniia”, en donde observa que lo que en los régimes despóticos se llama una ley “no es más que un acto arbitrario del poder gobernante...”: Speranskii, *Proiekti*, pp. 63 y 21. El mismo argumento está, también, en “Vvedeniie k Ulozheniiu gosudarstvennyj zakonov”, especialmente en las pp. 165-168.

²⁰ Bychkov, *V pamiat*, p. 307.

²¹ *Ibid.*; “Otchot taynogo sovietskogo Speranskogo”, p. 24.

²² G.S. Batenkov, “Avtobiograficheskiye rasskazy v pismaj”, carta del 1 de julio de 1860, en Yu. G. Oksman y S.N. Chernov (eds.), *Vospominaniia i rasskazy dieiteley taynyj obshchestv 20-j godov*, II (en adelante Oksman y Chernov, *Vospominaniia*, II), p. 124.

²³ Véase Korf, *Zhizn Speranskogo*, II, p. 285, en donde se ofrecen los siguientes números para ilustrar la caída

del lugar que ocupaba después de las relativas "alturas" de 1821-1822: en 1823 Alejandro lo recibió por cuestiones de negocios sólo tres veces y ni una sola vez en 1824 y 1825. La misma tendencia se refleja en las invitaciones a la mesa de Alejandro. Luego de cenar ahí con frecuencia en 1821, Speranskii fue requerido muchas menos veces en 1822 y sólo una vez en 1823 y ninguna en 1824 y 1825.

²⁴ Kozmin, *Pisma*, p. 125.

²⁵ Oksman y Chernov, *Vospominaniia*, II, p. 126.

²⁶ "Opyt teorii pravitelstvennyj uchrezhdeniy".

²⁷ *Vd.*, 14, pp. 37, 137; M.N. Pokrovsky (ed.), *Vosstaniie dekabristov: materialy*, vol. 2, Moscú-Leningrado, 1926 (en adelante *Vd.*, 2), p. 76.

²⁸ *Vd.*, 14, p. 49.

²⁹ Véase I.D. Yakushkin, *Zapiski, stati, pisma*, edición de S. Y. Strayj, Moscú, 1951, p. 14.

³⁰ Existe una abundante literatura sobre la influencia de los acontecimientos europeos contemporáneos en los decembristas. Véase, por ejemplo, O.V. Orlik, *Dekabristy i ievropeyskoie osvoboditelnoie dvizheniie*, Moscú, 1975; M.V. Nechkina, "Dekabristy v vseмирnoy istorii" (*Voprosy istorii*, 12, Moscú, 1975); S.S. Landa, *Duj revoliutsionnyj preobrazovaniy... iz istorii formirovaniia ideologii i politicheskoy organizatsii dekabristov 1816-1825*, Moscú, 1975; Isabel de Madariaga, "Spain and the Decembrists" (*European Studies Review*, 3, Londres, 1973); y P.Y. Shchogolev, *Dekabristy*, Moscú-Leningrado, 1926.

³¹ Sobre todo de parte de la rama Vasilkov de la Sociedad del Sur, dirigida por Serguei Muraviov-Apostol.

³² *Vd.*, 14, p. 94.

³³ Batenkov admitió ante Avdotia Yelaguin: "En la medida en que dos deseos distintos actúan en mí, me veo jaloneado hacia distintos rumbos y, en consecuencia, condenado a no hacer nada..." Kozmin, *Pisma*, p. 152.

³⁴ La "clase media", tal y como la veía Batenkov, abarcaba no únicamente a la gente de la ciudad y al clero sino a todos los miembros de la *dvorianstvo*, a quienes había que excluir de la *velmozhestvo*. Véase *Vd.*, 14, pp. 136, 137. La totalidad de su programa está expuesta en *ibid.*, pp. 135-138.

³⁵ En donde se aprecia mejor a la Sociedad del Norte es en el estudio de P.J. O'Meara del hombre que para 1825 se había vuelto su dirigente: K.F. Ryleev, *A Political Biography of the Decembrist Poet*, Princeton, 1984. Vale la pena señalar que la creencia medio extraña de Batenkov en una nobleza fuerte la compartía su amigo Alexander Yakubovich, quien en una carta a Nicolás I fechada el 28 de diciembre de 1825 defendió el caso de una aristocracia como contrapeso al poder del estado: A.K. Borozdin (ed.), *Iz pisem i pokazaniy dekabristov*, San Petersburgo, 1906, pp. 79-80.

³⁶ En una reflexión posterior, realizada en aras de reconciliarse con Nicolás, Batenkov añadió que también el gobierno y los ministros debían rendir cuentas al soberano: *Vd.*, 14, p. 137.

³⁷ *Ibid.*, p. 95.

³⁸ Kozmin, *Pisma*, p. 154.

³⁹ *Vd.*, 14, p. 96.

⁴⁰ Oksman y Chernov, *Vospominaniia*, II, p. 124.

⁴¹ Kozmin, *Pisma*, p. 160.

⁴² V.G. Kartsov sostiene que Batenkov era en esencia un republicano que quería conservar la monarquía sólo por motivos de una utilidad a corto plazo (*Dekabrist G.S. Batenkov*, pp. 127-132). Sostiene su afirmación sugiriendo que la *velmozhestvo* que veía Batenkov era simplemente una élite, en la cual se incorporarían los miembros de la sociedad secreta y los "liberales", y la cual tendría muy poco en común con la aristocracia tradicional. Sin embargo, Batenkov creía fuertemente en que la *velmozhestvo* fuese hereditaria; cabe destacar también que él tiende a emplear las palabras *velmozhestvo* y *aristokratiia* indistintamente. El argumento de Kartsov sufre en términos generales su poco conocimiento de las fuentes occidentales del pensamiento político de su sujeto —una carencia característica, desde luego, de casi todos los estudios soviéticos sobre el decembrismo que se publicaron entre los años treinta y los setenta—. Por tanto, Kartsov parece intrigarse ante el argumento de Batenkov en contra de las repúblicas en las que la gente "está oprimida por el poderoso despotismo de las leyes" (*op. cit.*, p. 128; las palabras de Batenkov se encuentran en *Vd.*, 14, p. 136). La idea era de hecho un lugar común del liberalismo restauracionista y se asoció en particular a Benjamin Constant, ese vigoroso apologista de la monarquía constitucional que reiteró frecuentemente el argumento de que la actividad legislativa sin rumbo presentaba una amenaza a la libertad individual. Para el argumento en contra del "despotismo de las leyes", véase, por ejemplo, Constant, "Commentaire sur l'ouvrage de Filangieri", en *Oeuvres de G. Filangieri*, 3 vols., París, 1840, III, p. 210.

⁴³ Sobre sus supuestas palabras, véase Oksman y Chernov, *Vospominaniia*, II, "Donos na G.S. Batenkova, predstavleny P.A. Kleinmikeliu v 1825 g.", p. 143.

⁴⁴ Kozmin, *Pisma*, p. 157.

⁴⁵ *Ibid.*

⁴⁶ Sus cautos aliados fueron, en particular, el príncipe Trubetskoi y el barón Shteynguel. Otro tipo de amigo fue Alexander Yakubovich, el futuro asesino de Alejandro I, un hombre sumamente temido en la sociedad por su salvajismo. Compartía con Batenkov cierta facilidad para despertar las pasiones populares en nombre de la sociedad y, al igual que él, combinaba ese radicalismo táctico con objetivos moderados precisos.

⁴⁷ *Vd.*, 14, p. 97.

⁴⁸ N.I. Grech, *Zapiski o moiey zhizni*, Moscú-Leningrado, 1930, p. 450, dice que lo llamaron "tú, espía de Arakcheiev"; sobre las sospechas de que era un espía véase, también, *Vd.*, 14, p. 44.

⁴⁹ Algo de la idea que tenían de Speranskii entre los decembristas asoma en el comentario de Nikita Muraviov, hecho en el exilio siberiano, según el cual "Speranskii fue exiliado... por presentarle al emperador proposiciones para separar el sistema judicial del gobierno y por la

introducción permanente del gobierno representativo": Muraviov, "Primechaniia", en *Poliarnaia Zvezda na 1859*, Moscú, 1961, p. 71.

⁵⁰ Al menos así explicó Batenkov la manera en que lo cortejaron los revolucionarios: *Vd.*, 14, p. 48. Sobre el tema de Speranskii y los decembristas, véase, *inter alia*, M. Aldanov, "Speranskii i dekabristi" (*Sovremennii zapiski*, 26, París, 1925); M. Muraviov, "Ideia vremennogo pravitelstva u dekabristov i ij kandidaty", en *Tainnie obshchestva v Rossii v nachale XIXv.*, Moscú, 1926; y A.V. Semionova, *Vremennoe revoliutsionnoe pravitelstvo v planaj dekabristov*, Moscú, 1982.

La extendida opinión según la cual Speransky estaba en el secreto de los planes de los decembristas y que los aprobó, la repudia el biógrafo de Speranskii, Marc Raeff. Tal vez esté en lo cierto al hacerlo. Sin embargo, la premisa sobre la cual Raeff descansa su argumentación es dudosa: "Como los decembristas acusados eventualmente lo dijeron todo de manera muy precisa, no hay motivo para dudar del testimonio del propio Batenkov quien estaba en la mejor condición de saberlo." (*Michael Speranskii: Statesman of Imperial Russia 1772-1832*, La Haya, 1957, p. 311.) Batenkov se encontraba de hecho en la mejor condición de saberlo; pero su testimonio sobre Speranskii, como sugerirá este ensayo, fue todo menos verdadero.

⁵¹ D.I. Zavalishin, *Zapiski dekabrista*, 2 vols., Munich, 1904, I, p. 374.

⁵² Kozmin, *Pisma*, p. 152.

⁵³ *Vd.*, 14, pp. 143, 139.

⁵⁴ M.K. Azadovski e I.M. Trotski, *Vospominaniia Bestuzhevij*, 1931, p. 80.

⁵⁵ *Vd.*, 14, p. 101.

⁵⁶ El heredero reconocido, Constantino, hermano de Alejandro, se encontraba en Varsovia a varios cientos de miles de millas de distancia. Más aún, había fuertes rumores —y bien fundados, como luego se vio— de que había renunciado a sus derechos de sucesión en favor de su hermano Nicolás. Hasta el historiador oficial del ascenso de Nicolás reconoció que la confusión que siguió a la muerte de Alejandro puso al Consejo de Estado en posición de ejercer un poder verdadero. Véase al barón M.A. Korf, *Vosshestviie na prestol Imperatora Nikolaia I-go*, San Petersburgo, 1857, p. 64.

⁵⁷ *Vd.*, 14, pp. 101, 83; A.K. Borozdin (ed.), *Iz pisem i pokazaniy dekabristov*, San Petersburgo, 1906, pp. 42-43.

⁵⁸ En 1802 había especulado al azar con la cifra de cincuenta años: "Otryvok o Komissii Ulozheniia", en Speranskii, *Proiekti*, p. 22.

⁵⁹ *Vd.*, 14, pp. 69-70. V.G. Kartsov, interpretando la evidencia de una manera muy distinta, ve a Batenkov como un revolucionario comprometido con este paso y su desesperación el día 27 como una respuesta a la inhabilidad de la sociedad para montar una revolución (*Dekabrist G.S. Batenkov*, p. 139). Pero hay que señalar que cuando Batenkov dijo "todo está perdido" se refería claramente al fracaso del Consejo de Estado, y de Speranskii

en particular, para aprovechar la oportunidad de un cambio constitucional pacífico. Más aún, la reunión con Shteynguel en la cual Batenkov relató su explosión con Speranskii y su sensación de estar inerme precedieron a las reuniones de los miembros de la sociedad secreta en las que se discutieron las perspectivas de un levantamiento armado —para una cronología de las acciones de Batenkov el 27 de noviembre, véase *Vd.*, 14, p. 101—, y Kartsov se confunde al sugerir que las confrontaciones entre Batenkov y Speranskii no ocurrieron sino hasta la mañana del 28. Eran evidentes el fracaso del Consejo y el consecuente alejamiento de Speranskii, el cual precipitó al volátil Batenkov en la desesperación el día 27 —una desesperación de la que se burló, al parecer, Ryleiev, quien no albergó ilusiones semejantes sobre las posibilidades de un cambio pacífico (*Vd.*, 2, p. 30); y de esta desesperación Batenkov sería rescatado, más adelante en el mismo día, por el breve prospecto de la revolución.

⁶⁰ *Vd.*, 2, p. 75.

⁶¹ *Vd.*, 14, p. 104.

⁶² *Vd.*, 2, p. 77.

⁶³ *Vd.*, 14, p. 70. Sin embargo, el príncipe Trubetskoi sugiere que Speranskii no estaba solo entre los miembros del Consejo en su simpatía hacia el constitucionalismo: véase S.P. Trubetskoi, "Zapiski", en V.A. Fiodorov (ed.), *Memuary dekabristov: severnoie obshchestvo*, Moscú, 1981 —en adelante Trubetskoi, "Zapiski"), p. 70.

⁶⁴ Trubetskoi lo propuso como secretario del gobierno provisional y el 13 de diciembre Ryleiev le dijo que sería parte del gobierno, junto con Speranskii y Mordvinov; *Vd.*, 14 pp. 104-05.

⁶⁵ *Vd.*, 14, p. 103; Trubetskoi, "Zapiski", p. 70.

⁶⁶ *Vd.*, 14, pp. 102, 82.

⁶⁷ En su testimonio, Trubetskoi atribuyó la pieza clave del proyecto —que los regimientos insurrectos debían salirse de la ciudad y acampar lejos de ella— a Batenkov (*Vd.*, 14, p. 63). La Comisión Investigadora no vio razón alguna para rechazar esta atribución, comentando sobre Batenkov y Trubetskoi en su informe que "Ellos acordaron el siguiente proyecto, diseñado por Batenkov...": "Doneseniie Sledstvennoy Komissii", en *Protseess dekabristov*, Moscú, 1905, p. 48.

⁶⁸ Sin embargo, antes de retirarse, la tropa se apoderaría del arsenal y de la fortaleza de Pedro y Pablo: Trubetskoi, "Zapiski", p. 74.

⁶⁹ Trubetskoi, "Zapiski", p. 74; *Vd.*, 14, pp. 63; *Vd.*, 1, pp. 36, 37.

⁷⁰ *Vd.*, 1, p. 65.

⁷¹ *Vd.*, 1, p. 63.

⁷² *Ibid.*, p. 99.

⁷³ Oksman y Chernov, *Vospominaniia*, II, p. 91.

⁷⁴ *Vd.*, 14, p. 102; *Vd.*, 1, p. 60.

⁷⁵ *Vd.*, 14, p. 91.

⁷⁶ Kozmin, *Pisma*, pp. 142, 143.

⁷⁷ *Vd.*, 14, pp. 65, 171.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 35.

⁷⁹ Para la actitud de Trubetskoi hacia las colonias militares, véase el testimonio de M.P. Bestuzhev-Ryumin en *Vd.*, vol. 9, p. 57. La negativa de Batenkov a revelar sus intenciones a Trubetskoi se sugiere en *Vd.*, 14, p. 98.

⁸⁰ *Vd.*, 2, p. 77.

⁸¹ *Vd.*, 14, pp. 59, 70.

⁸² *Ibid.*, pp. 90-91.

⁸³ Esta última es la interpretación de M.V. Nechkina, quien ve a Batenkov "jugando" con sus inquisidores al cambiar constantemente de tácticas: *Vd.*, 14, "Predislouviie", en especial la p. 10.

⁸⁴ F.F. Vigel, *Zapiski* (ed.), S. Y. Straykh, 2 vols., Moscú, 1928, II, p. 271.

⁸⁵ *Vd.*, 14, p. 106.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 58.

⁸⁷ V.G. Kartsov va más allá y sugiere que Batenkov inventó un testimonio autoincriminatorio, porque quería que Speranskii quedara fuera del gobierno provisional con el fin de que él, Batenkov, fuera el verdadero gobernante de Rusia con el niño-emperador, Alejandro II— con el fin de borrar toda sospecha de Speranskii y atraerse hacia sí toda la furia de Nicolás. (*Dekabrist G.S. Batenkov*, p. 157. El testimonio en cuestión se encuentra en *Vd.*, 14, p. 92.) La hipótesis no se puede verificar, desde luego, y quien esto escribe se inclina a dudar que Batenkov llegara a cortejar su propia aniquilación por

defender a Speranskii. Pero si Batenkov en efecto mostró tal fidelidad a Speranskii, se vuelve más difícil, con seguridad, evitar la conclusión de que debió sentir hacia él una deuda en un grado inusual.

⁸⁸ *Vd.*, 14, pp. 139, 106.

⁸⁹ *Ibid.*, pp. 107-108, 108, 139.

⁹⁰ *Ibid.*, pp. 125, 138.

⁹¹ *Ibid.*, pp. 122, 126-27, 127.

⁹² Tan poco se mitigaron que Nicolás echó a andar una investigación secreta sobre la conducta de Speranskii y de otras personas, pero la investigación no logró encontrar evidencia alguna en contra de Speranskii. Véase A.D. Borovkov, "Avtobiograficheskiie zapiski" (*Russkaia Starina*, 96, San Petersburgo, noviembre 1898, p. 348).

⁹³ Korf, *Zhizn Speranskogo*, II, p. 309.

⁹⁴ Una actitud de principios como ésta estaba tan fuera del perfil general del carácter de Speranskii que, hasta los recientes hallazgos de A.V. Semyonova, se asumía generalmente que él "traicionó" a Batenkov, junto con los demás acusados.

⁹⁵ A.V. Semyonova, *Vremennoie revoliutsionnoie pravitelstvo v planaj dekabristov*, p. 56.

⁹⁶ M. Gershenzon (ed.), *Russkiie propilei*, Moscú, 1916, II, p. 45.

⁹⁷ Kozmin, *Pisma*, p. 189.

⁹⁸ Oksman y Chernov, *Vospominaniia*, II, p. 126.

